



DIEZ CUENTOS DE BANDIDOS

Selección de ENRIQUE LINH
(Editorial Quimantú)

CON EL NÚMERO 12 de la colección "Quimantú para todos", esta editorial acaba de publicar el volumen "Diez cuentos de bandidos", en selección y prólogo de Enrique Linh.

La introducción de Linh es clara, concisa, prolija, establece algunos puntos importantes sobre el "bandolerismo" como tema de la literatura en general, mostrando en particular lo que esta temática ha significado en nuestra narrativa criolla, en orden a valorar las diversas actitudes ideológicas que pudieron manifestarse frente al término de calificación moral del bandido. Esta calificación moral lleva implícita una noción conceptual de la justicia imperante y de sus derivaciones económico-sociales.

Toda antología trae de suyo el riesgo de la actitud arbitral del antólogo, actitud que en raras ocasiones deja de afechos a bias y trayanos; y Linh dice que estos cuentos a su juicio pueden ser los mejores dentro de un mayor número de textos existentes sobre la materia. A decir verdad, la selección de Linh es, a primera vista acertada, correspondiendo al orden cronológico al desplazamiento de una rigurosa visión panorámica de lo que podría ser el tema tratado en relativo perspectiva histórica.

Aparte del carácter ameno de los diez cuentos, del cumplimiento satisfactorio de su función de leer, según lo quiere Quimantú, a los más vastos capas de lectores, podríamos, en un plano de mayor rigurosidad literaria, negar a algunos conclusiones que nos es obvio detectar.

En primer lugar, que la temática del "bandolerismo" no ha constituido una tendencia clara y singular dentro del criollismo chileno; por el contrario, entre una o dos excepciones, representen actos circunstanciales o derivaciones naturales de un contexto literario como una gran unidad geográfico-social, en la que lo esencial de la narrativa parece ser la descripción de ambientes, difundiendo, como es propio de la generalidad del relato criollo, la hondura y el dramatismo de la trama, así como las características psicológicas de los protagonistas.

En segundo lugar, el tratamiento estilístico de las obras obedece a un rescatante grado de uniformidad, con excepciones que venimos a contrarrestar, y que permite confundir en muchas circunstancias las elaboraciones de cada autor, sin poder definir claramente sus diferencias.

Sobre ambos puntos se pueden argüir diversas argumentaciones defensivas. En primer lugar la objetividad histórica de los contextos; nuestro punto de vista acerca del acto literario es muy distinto hoy que hace cincuenta o sesenta años. En esta la argumentación más digna de tenerse en cuenta, sin que ello signifique que sea integralmente razonable. Dentro del criollismo latinoamericano hubo más riqueza formal y profundidad de expresión en fechas paralelas.

Venimos al primer punto, siendo Baldomero Lillo el más antiguo de los cuentistas antológicos, su cuento "Quilapán" es verdaderamente a nues-

tro juicio el mejor texto del volumen, se conforme así a Baldomero Lillo como el maestro indiscutido del cuento chileno, y uno de los mejores de Latinoamérica. Con más o menos singularidades el resto de las narraciones, hasta llegar a Manuel Rojas, acusa las características citadas, es decir, identidad de tono y calificación de contextos, argumentación simple y desenlace de un dramatismo que confirma la discutible fatalidad en que se quiere encajar irrevocablemente el destino de los protagonistas, que de alguna manera deben ser arquetípicos.

De estos, quizás el de menor densidad sea el de Olegario Lazo, quien acusa además una pobreza de lenguaje muy inferior a la de sus acompañantes en el volumen. Tampoco hay en la generalidad de estos cuentos la saturación de una problemática atípica específicamente a acciones de bandidos; recreamos bien momentos de sus vidas, que en algunos casos sólo tienen una relación indirecta con su condición de bandidos; en otros, el calificativo de tal ya aparece sólo en los actos, mirados desde un punto de vista moral y político, como es el caso de Quilapán, de Baldomero Lillo; pero esto es resultado también por Enrique Linh en su prólogo, y hacemos referencia a ello porque consideramos que es también un síntoma de la carencia de una real narrativa de "bandoleros" en Chile, si hacemos omisión de los Pincheira y alguna otra obra de relativo aporte. No es el caso hablar aquí del "Elay" de Carlos Oreguett, pues es una novela desmenuada en un contexto y nivel de singular especie, que la constituye como un hito indiscutible en la narrativa nacional. Estamos refiriéndonos a cuentos de bandidos, y en tal sentido, creemos que esa particular narrativa es punto menos que inexistente. Por lo demás, no es que haga falta, o que signifique una carencia importante en la presencia de lo que podríamos denominar una tendencia del romanticismo hispanoamericano y mundial. Cada país entrega, de acuerdo a sus experiencias históricas, determinados elementos susceptibles de poder recrearse literariamente constituyendo aportes singulares. Bien puede ser que la literatura nacional en tal aspecto no haya tenido reales y profundas experiencias que pudieran ser llevadas al universo de su recreación artística.

Con Manuel Rojas este tipo de relatos adquiere otro enfoque: El bandido inaudito es un texto acertadamente incluido en el volumen; en él hay un cierto sentido del humor que alisa sanamente la atmósfera, un enfoque vital y renovado de la aventura dentro de un contexto menos agobiante que los anteriores. De mayor perfección formal es el cuento de Oscar Castro, "El último disparo del negro Chucho", que acusa las influencias de una perspectiva más actual del acto literario. Esta tendencia se abunda y manifiesta en Guillermo Blanco con su cuento "La espera", el último del volumen; aquí los personajes triunfan sobre el paisaje, se impone su presencia, comunican su tensión, hay desgarramiento interior traducido en



ENRIQUE LINH

el lenguaje, en la organización de un ambiente cuyos elementos dan la exacta dimensión del acontecimiento narrado.

Esto nos permite volver a lo señalado en el segundo punto, es decir, a la valoración estética de los cuentos. Podría decirse que, en general, como en toda la atmósfera narrativa proveniente de este contexto, el estilo sucumbe al relato. Nuevamente es Baldomero Lillo quien muestra una rancia y profunda unidad de lenguaje y contenido; podríamos decir que su estilo es la encarnación de la palabra en la realidad descrita, sin artificios retóricos ni concesiones intencionales a una dudosa fantasía; en su mundo narrativo no caben otras disquisiciones, su belleza es hondamente moral y arraiga en su íntima necesidad de revelar el conjunto de las contradicciones que afectan a las capas humildes de la sociedad. En el resto, en cambio, es fácil descubrir mayas o menores destrezas narrativas, usos acortados o discutibles de recursos que de alguna manera según preceptos literarios mayor parte de los escritores según preceptos literarios, verdad, verdaderamente es difícil y confusa cada en todos. De Manuel Rojas o Guillermo Blanco se manifiesta la incorporación de lo que podría ser una nueva óptica, una preocupación más insistente por la forma, por lograr las tensiones del relato con menor despliegue de elementos descriptivos, lo que equivale a decir con una mayor introducción en las profundidades de lo humano.

En suma, este volumen es una buena muestra retrospectiva de lo que ha sido una dimensión de la narrativa nacional dentro del contexto criollo. Creemos que Enrique Linh ha entregado un valioso aporte, así como Quimantú pone a mano de muchos lectores un libro ameno, culturalmente positivo e instructivo.

MANUEL ESPINOZA GRELANA

Diez cuentos de bandidos [artículo] Manuel Espinoza Orellana.

Libros y documentos

AUTORÍA

Espinoza Orellana, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Diez cuentos de bandidos [artículo] Manuel Espinoza Orellana.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile